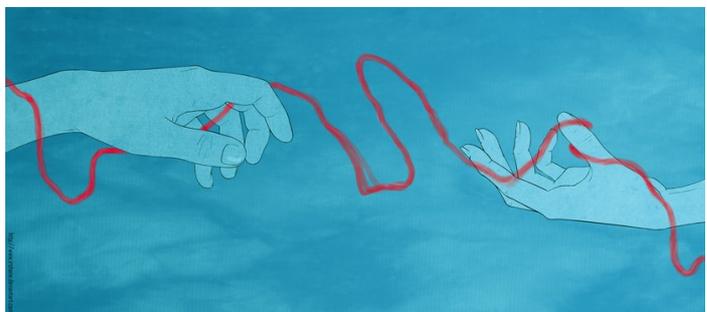


Según una tradición tibetana existe un hilo invisible de color rojo que nos mantiene conectados a las personas a las que amamos o con las que hemos vivido experiencias significativas que hace que, aunque el tiempo o la distancia nos separen, permanezcamos unidas y en una misteriosa interconexión; comunicándonos aliento y fuerza, aún sin saberlo.

Hay una mujer con la que yo tengo un vínculo especial: mi madre. Ahora que las circunstancias han cambiado, que la relación es distinta, voy comprendiendo mejor algunas cosas de eso que llamamos unión. Mi madre nos dejó físicamente hace unos cuantos meses, antes de que el invierno hiciera su presencia, y una nueva primavera estuviera a punto de brotar de forma inesperada. Un ictus fue la señal de que algo nuevo y distinto estaba por suceder, de que terminaba una etapa y comenzaba otra, o más bien proseguía de forma diferente.

Ante la llegada de la muerte se nos achica el alma y el cuerpo. La sociedad en la que vivimos cuando llegan estos momentos, se lamenta y apenas más que dar ánimos y fuerzas. Sin ser casi conscientes, todos nos vemos nadando en un océano de penas. Esa fue mi sensación mientras estábamos en el tanatorio. Se agradecen frases como: “ Te acompañó en el sentimiento”, pero sin duda yo hubiera agradecido más una sonrisa o una broma. **Las penas con penas se multiplican y con alegría se desvanecen.** Un buen chiste alivia mucho y afloja el nudo en la garganta que se forma en esas circunstancias. Por lo cual invito a contar más chascarrillos en los tanatorios y cementerios, aunque socialmente no esté bien visto. No se trata de cumplir protocolos, sino de hacer más llevadero el dolor, de salpicarle con el sentido del humor para que no se acomode e instale; pues hasta de la muerte podemos hacer unas risas.

Yo no me quedo en ese lado de la frontera donde el desánimo es el amo y señor de los sentimientos. **Espiritualmente me siento llamado a la esperanza, a celebrar la vida y la muerte,** a revivir los buenos sucesos; a decirme y transmitir a otros frases como “¡Cuántos buenos momentos pasamos con tu madre! , ¿Te acuerdas de aquel día de campo tan divertido ?, ¡Menuda era cuando se ponía a animar a los demás!”



Expresiones como esas nos revitalizan y levantan el ánimo. Es cuestión de creérselo y practicarlo. Prueben, prueben, ya verán como todo se transforma.

El agradecimiento como actitud vital nos hace más llevadera la ausencia. Es cuestión de perspectiva. De valorar el tiempo compartido con la persona que ya no está a nuestro lado. Si lo pensamos fríamente, 10, 20, 30 o más años convividos con alguien, son un regalo total frente a las mínimas horas que podemos disfrutar con otros. Llega el momento de dar gracias por lo aprendido, reñido, celebrado, discutido, por todo lo vivido, porque los ingredientes de lo cotidiano han creado unos lazos especiales.

Debemos aprender a despedirnos, a dejar que las personas se marchen cuando tengan que hacerlo. Querer retenerlas no hace sino heridas por el tira y afloja. Soltar, aunque nos cueste , permite que las despedidas no sean tales. María Magdalena se empeñaba en retener a Jesús Resucitado y este le decía que le soltara... por algo sería.

e pregunto por qué seguimos yendo a los cementerios, cuando allí sólo queda la materia de un cuerpo corrompiéndose. No busquemos entre los muertos a los que siguen vivos entre nosotros. **Los verdaderos santuarios donde siguen habitando los que nos han dejado**

físicamente son las casas donde han vivido, las calles que han recorrido, los objetos que han tocado y, sin embargo, les seguimos rindiendo culto en lugares de piedras frías y flores secas. Como las mujeres el día de la Resurrección de Jesús, seguimos añorando cuerpos y mortajas en lugar de bailar sobre las baldosas que pisaron y acariciar cada mueble que tocaron en un acto de ternura eterna y sagrada.

Es cierto que un día nos vamos a morir, pero los otros días no.

(Continuará ...)

Juan Carlos Prieto Torres
jukaprieto@hotmail.com

junio 2017